

Arturo Marasso

EVOCO tu palabra, maestro, que brotaba
— ¡oh la dulce cadencia de tu riojana aldea! —
de las raíces mismas de la sabiduría.
Y el sagrado silencio del aula, azul pradera.
¿Veías a lo lejos la montaña nativa
cuando a veces tus ojos miraban a lo alto?
Amigo que tenías a Platón en los labios
y el alma inmaculada como la nieve andina.
Las horas detenidas en el encantamiento
del mundo que poblabas de divina poesía,
en aquel milagroso florecer de los sueños.
¡Era la edad de oro de nuestra propia vida!
Por oscuros pasillos volvíamos calladas
extrañas peregrinas de una lírica tierra,
vibrando en nuestras almas celestial armonía
invisible en las manos la rosa de un poema.
Está tu voz en todo lo que no muere nunca;
volvemos a encontrarte por eternos caminos:
en el laurel, las musas y la palabra pura
Garcilaso, Cervantes, Juan Ramón y Darío.
Gracias, porque grabaste tu acento para siempre;
y porque te entregaste en ternura y belleza
si abondas nuevamente la mirada en el tiempo
la estrella que encendiste verás en nuestras frentes.

AMALIA C. ANTELO DE BRITO

Guillermo Enrique Hudson

GUILLERMO *Enrique Hudson,*
amaste las cosas humildes de mi tierra,
el canto de los pájaros, el silbido del viento,
la luz de las estrellas en la laguna quieta,
los cielos y los pastos, las flores y las nubes,
la sombra del flamenco en las aguas azules.
Nada te fue extraño; estaban en tu sangre
la lluvia, las tormentas, el resplandor del sol;
la fragancia del campo la sentiste en tu carne
y vislumbraste el nimbo luminoso de Dios.
Te fuiste un día lejos, como se van las aves,
como levanta el viento la borrilla del cardo;
árbol desarraigado, golondrina sin alas,
conociste pobreza, soledad y dolor
y cambiaste por niebla todo aquel esplendor!
Evocaste aquel tiempo salvado del olvido.
("Cien años parecía que lo habías perdido"!)
Volviste a contemplarlo con tus ojos de niño:
el recuerdo de un canto, la florecilla pampeana,
una brizna de hierba... El eco de otra vida
hace tiempo, allá lejos... Infancia renacida.
Como la calandria estabas prisionero,
exhalaste en la celda tu trino, tu nostalgia
y te sentiste hermano del gorrión extranjero
enfermo de silencio lo mismo que tu alma.
Eterno vagabundo de mi suelo, si es cierto
que en el cielo encontramos lo que se amó en la tierra,
las llanuras celestes te verán en la tarde
cabalgando en tu Zango por la pampa de estrellas.

AMALIA C. ANTELO DE BRITO